

# DEMOGRAFIA Y SALUD

## Humanidad devastadora\*

Dr. HERNAN ROMERO

### *Crecimiento de población es concepto nuevo*

Resulta curioso y hasta incomprensible que los hombres de ciencia hayan sido, casi de regla, malos profetas en circunstancias que la imaginación constituye uno de los atributos que les son más indispensables. Sin ella parece difícil y aún imposible practicar la síntesis mental de nuevas ideas que conduce a la formulación de una hipótesis y de una ley o un principio que explique una serie de fenómenos. De que el proceso es de este orden —vale decir que media una inspiración más o menos súbita— existen pruebas muy abundantes. Aunque no fuera cierto que Newton concibió la ley de la gravedad cuando lo golpeó la manzana que cayó de un árbol de su huerto, no cabe duda que sobrevino un chispazo que iluminó su mente. Así les ocurrió, por propia confesión, a Darwin y a Kekulé. Mientras transitaba por el campo en su carruaje, el primero encontró repentinamente la explicación de los procesos que conforman la evolución orgánica. Mientras reposaba adormilado frente a la chimenea, el segundo vió, con los ojos de la fantasía, que se enlazaban los átomos de carbono y de otros elementos para constituir compuestos orgánicos.

En su libro *Perfiles del Futuro (Profiles of the Future)*, Arthur C. Clarke cita decenas de casos de errores mayúsculos y casi inverosímiles que sustentan, sin embargo, los documentos. Comte anunció así que las estrellas nunca serían sino puntos de referencia celestial y, por tanto, sin interés intrínseco para los astrónomos y que el conocimiento de los planetas se limitaría a su dinámica y a su geometría. Rutherford se mofó de los sensacionalistas que predicaban la liberación de la energía aprisionada en

Hasta hace muy pocos años ningún gobierno de las Américas había tomado posición explícita respecto a la acción recíproca de los factores demográficos y socio-económicos en el bienestar de las naciones. Hoy algunos pocos lo han hecho. Entre ellos debe destacarse la actitud asumida por Chile.

En el presente artículo el autor analiza objetivamente el problema, reconociendo, sin embargo, que a veces su juicio es muy personal y sujeto, por lo tanto, a una desapasionada controversia.

El trabajo del Dr. Romero corresponde a su relato presentado al Segundo Diálogo de Población que se celebró en Puerto Rico en diciembre pasado, reunión a la que fuera invitado en su calidad de experto.

la materia. A los cinco años de su muerte, se inició en Chicago, en 1937, la primera reacción en cadena. Los consejeros eminentes de Roosevelt y Churchill, Vannevar Bush y Lord Charwell, negaron rotundamente —y aquél con fastidio— la posibilidad de fabricar proyectiles intercontinentales. El británico osó decir que la existencia del V2 era un rumor de propaganda.

Saco a colación estos recuerdos porque varios de los detractores del control de natalidad —entre los pocos que todavía subsisten— hacen caudal abundante y bullicioso de las equivocaciones en que han incurrido los demógrafos, desde Malthus para acá. Tienen cuidado escrupuloso, eso sí, de no comentar que estos yerros han consistido, sin excepción, en que los números previstos de población han quedado por debajo de la realidad y, frecuentemente, a distancia considerable. Dejan en silencio asimismo el antecedente de que los especialistas modernos y cuerdos no avanzan predicciones sino proyecciones: extrapolan a base de los datos de que disponen y en condiciones cuidadosamente definidos. Suponiendo que no haya grandes migraciones y que la natalidad y la mortalidad sigan tal o cual curso, habrá aumento o disminución de ésta magnitud, o de aquélla, o estabilización de las cantidades. Más bien ocasionalmente se aventuran a suponer que

\* Presentado al Segundo Diálogo sobre Población que, bajo los auspicios de Population Reference Bureau y las Universidades de Cornell y Puerto, se celebró en San Juan, en Diciembre pasado. Estuvo destinado a los Embajadores latinoamericanos ante Naciones Unidas, la Organización de Estados Americanos y la Casa Blanca. Las organizaciones patrocinantes invitaron varios expertos de distintas nacionalidades y, entre ellos, al doctor Romero.

habrá cambios en los términos del problema. Tanto es así que se les ha acusado de pusilánimes: sólo cuando se ha producido un acontecimiento, lo anuncian con fanfarria; pero no lo perciben ni siquiera la vispera.

La necesidad perentoria de enfrentar a la gente con una situación entera y radicalmente nueva ha inducido a muchos autores a explicar en demasía lo que sucedería, dentro de un siglo o más, si la humanidad o los habitantes de una nación y de una región determinadas continuaran abultándose como ocurre actualmente. Cuando alguien dice que, en 2068, la América latina podría tener cerca de 4.000 millones, o sea unos 500 millones más que todos moradores actuales del globo, se ha limitado a aceptar que tiene hoy unos 250 millones y como la tasa de crecimiento se acerca al 3 por ciento, se duplica cada 23 años. Naturalmente ha redondeado los números inflándolos un poco. Por cierto que ninguna persona en su sano juicio cree que las cosas sucederán así. Además de físicamente imposible, esa postulación implica juzgar a sus congéneres de mañana seres enteramente irracionales. Traduce la desesepación de quienes propugnan la planificación de familia y no logran doblegar la obcecación de los contrincantes.

Para fundamentar la aseveración de que afrontamos una situación entera y radicalmente nueva, cabe citar algunos ejemplos. Bajo el título genérico de Hoy y Mañana (*Today and Tomorrow*), se publicó en Gran Bretaña, entre 1924 y 1932, una serie de ensayos en los cuales cerca de 100 intelectuales explicaron su visión del futuro. Ninguno anticipó el crecimiento desorbitado de población ni siquiera se preocupó de ésta, salvo para gimotear por el deterioro previsible de la herencia humana a causa de la reproducción mas lenta de los sujetos de éxito. Inició dicha serie J.B.S. Haldane con un librito encantador, *Daedalus*, que he leído reiteradamente. Como muchos de sus contemporáneos, lamenta la decadencia, previsible también, de los países occidentales. Llegará al punto de que, precisamente en 1968, Francia estará produciendo 60.000 criaturas ectogénicas o ectogenéticas. En realidad nacieron, en el año, por mecanismos naturales, cerca de un millón y la ectogénesis, esto es el desarrollo de un espécimen humano fuera de su madre y desde el estado de concepto o huevo fecundado, sigue representando una quimera. Basada en experimentos parciales en animales mas simples, esta ilusión fue desenterrada nuevamente por Aldous Huxley en su *Brave New World*. Como apunta Dennis Gabor en su *Inventación del Futuro (Inventing the Future)*, Bertrand Russell en *Icarus*, réplica pesimista, esgrime profusión de argumentos para refutar el optimismo

de Haldane, pero hace caso omiso de la demografía.

En Población Mundial (*World Population*, 1936), obra clásica, A. M. Carr-Saunders llama la atención, quizás por primera vez, sobre el peligro de que India y Japón se recarguen de habitantes. Al aludir a Estados Unidos, los Dominios Británicos y Sud América, expresa la conclusión desconcertante de que existen pruebas de que estos países de desarrollo parcial no lograrán poblarse adecuadamente por exceso de nacimientos sobre muertes. En momento aún mas reciente, Alfred J. Lotka, el demógrafo mas egregio, prevé en su artículo *Population Analysis as a Chapter in the Mathematical Theory of Population*, el aniquilamiento de la especie por la merma progresiva de los nacimientos y el estallido de conflictos bélicos en que ahora no participan soldados profesionales únicamente. Si bien aparece sugestivo que escribiera estas líneas en 1945, el año del arrasamiento de Hiroshima y Nagasaki y cuando la Segunda Guerra Mundial había segado ya millones de vidas, es obvio que no atisbó los descensos de mortalidad en las poblaciones civiles que se había desencadenado bastante tiempo antes.

En verdad todos estos autores revelan carencia marcada de imaginación; pero no de realismo. Si en 1940 hubieran extrapolado hasta el año 2000 los datos del crecimiento habido desde 1920, habrían obtenido 3.500 millones, que era el número corrientemente aceptado en ese momento. Se le alcanzó ya, esto es 32 años antes de esa fecha. Si hubieran repetido el cálculo en 1960, habrían obtenido 7.000 millones, o sea el doble. Después de la batalla todos son generales, según reza el proverbio y cuando se observan ahora los datos del pasado, se siente la tentación de pensar que la inundación debió ser predicha. Al fin y al cabo, la humanidad demoró, durante la Era Cristiana, unos 1.650 años en doblar su número; la segunda duplicación (de unos 540 millones a más de 1.000 millones) tomó apenas 200 años (1650 a 1850) y en 1930 —año en que ocurrían aproximadamente estos acontecimientos— había sobrevenido la tercera (1850-1930). El intervalo se había abreviado, pues, desde 1650 a 80 años. Procede agregar que ahora es apenas de 35. De todas maneras nadie debería negar hoy que la venida al mundo de unas 325.000 criaturas al día con un incremento natural de más de unos 70 millones al año son realmente formidables. Todavía quedan algunos que consideran favorables estos hechos y los demás difieren en la estimación del grado de su nocividad. Importa, de todos modos, entender que se trata de un fenómeno sin precedentes cuya comprensión exige un cambio de mentalidad. No faltan quienes rehusan o son

incapaces de desplegar el esfuerzo y esperan la intervención sobrenatural o se cruzan simplemente de brazos. Los pesimistas alegan que la magnitud del fenómeno imposibilita hacer nada efectivo, hay que resignarse a un destino inexorable y aguardar que el progreso rebaje los nacimientos por efectos de la educación, la industrialización y la urbanización; los desaprensivos aducen el equilibrio de las especies en la naturaleza. Parecen ignorar que la humana es la única que ha logrado bajar su mortalidad y que esta reducción exige ejercer también control de natalidad. Esta actitud es tanto mas funesta cuanto que el problema se agravará, salvo que las cosas den espontáneamente un vuelco inconcebible o que actuemos con energía. Se ha repetido hasta la saciedad que en los aumentos de población rige un sistema de interés compuesto: la tasa se aplica sobre un capital cada vez mayor porque aquél se agrega constantemente a éste. Si la humanidad se duplica efectivamente a la vuelta del siglo, la adición anual no será de 70 millones sino de 140 millones.

### *La inundación de población*

Como apunta festivamente Gabor, los australianos podrían doblar su número, como se proponen, sin mas inconvenientes que sufrir escasez de piñas. El chiste se presta para señalar que, en circunstancias bien definidas, los incrementos aún sustanciales no acarrearán desastres, cuando son dosificados. En esta nación, que es una de las mas ricas y despobladas del planeta, se ha puesto en práctica una política de inmigración que implica regular el flujo con precisión. De regla los aumentos naturales de entidad (por diferencia entre natalidad y mortalidad) ocasionan perjuicios. Los está experimentando Estados Unidos, no obstante ser el país más poderoso y próspero del mundo (en el total dispone del 6 por ciento de la población y del 50 por ciento de los bienes y servicios producidos) y su tasa de incremento, poco más de la mitad que en América latina y menos de la mitad que en varias naciones nuestras.

Para la construcción de casas, caminos, aeropuertos etc. se sustrae anualmente al campo, al decir de Robert Moses, un millón de acres. Correlativamente los recorridos de automóviles ascendieron en 60 por ciento, entre 1950 y 1962 y los agolpamientos de tránsito cuestan 5.000 millones de dólares al año, según el diario *Times* de Nueva York. En esta ciudad, un camión no puede avanzar a más de unos 10 kilómetros por hora en tanto que lo hacían a unos 18, en 1910, los carricoches tirados por caballos. Hay actualmente un automóvil y un

télefono por cada tres sujetos y se anticipa que, hacia el fin del siglo, habrá 350 millones de personas y 300 millones de vehículos que recorrerán anualmente cerca de 6.000 billones (millones de millones) de kilómetros. Entonces habrá que reservar unos 25.000 millones de kilómetros de espacio sobre las cabezas para el movimiento de aviones. En 1956 se registraron 65 millones de dichos vehículos que, de acuerdo con los cálculos de Vogt, habrían ocupado 87 canales en calles y carreteras desde Nueva York a Los Angeles para estacionarse con un parachoque junto al otro. Suponiéndolos del mismo tamaño formarían, en esa época, unas 400 hileras. Entre esas mismas fechas (1950-1962) los visitantes a parques nacionales se acrecentaron en 209 por ciento y ha debido establecerse tráfico en un solo sentido en muchas avenidas.

En el último decenio los gastos de educación pública se elevaron en 144 por ciento para alcanzar 27 mil millones de dólares; hay 42 millones de alumnos y se necesitan 2 millones de plazas más. Persiste obstinadamente un desempleo del orden de 5 por ciento. Para que no se agrave y como la fuerza de trabajo se engrosará desde 75 a 101,4 millones, precisará proveer un millón y medio de nuevas ocupaciones en los 12 años próximos. Según Thomas J. Watson, Presidente de IBM, habría ahora unos 800.000 jóvenes que no trabajan ni estudian y si subsiste la condición actual, alcanzarían a un millón y medio, en 1970. Para ellos se requieren, fundamentalmente, esas ocupaciones. En el cuarto de siglo reciente se ha triplicado la ilegitimidad y, cada mes, se agregan 23.000 niños (desde 1958) a los que reciben subvención del Gobierno. Mientras los japoneses fabrican terreno a expensas del mar y los holandeses los rellenan transportan desde la distancia barro en cañerías, la civilización se los arrebató en mayor extensión y los habitantes se van apretujando. Los israelíes realizan prodigios regando el desierto con mangueras articuladas de jardín y, para ellos, el pan de cada día importa lucha cotidiana.

Por cuanto estadísticas fidedignas muestran hechos de ese calibre, parece preferible —para los efectos de probar que la inundación es, a todas luces, pavorosa— señalar lo que está sucediendo que otear los hechos del porvenir. Para compenetrarse de que el aluvión que nos está cayendo a nosotros es apreciablemente mayor, hasta leer, el excelente libro *Dilema de Población en América Latina (Population Dilemma in Latin America)*, que editaron recientemente Stycos y Arias. Se acepta que, hacia 1900, la población era de 60 millones y de 63 millones, si se agregan colectividades como Jamaica, las Guayanas y alguna otra que suelen excluirse de la región. Desde entonces se ha cuadruplicado

cado y más la velocidad de crecimiento se ha acelerado perceptiblemente hasta frisar ahora el 3 por ciento (era 1,9 por ciento, hacia 1930). A partir de esa fecha de esa fecha la primera duplicación demoró unos 40 años y ahora debe tomar unos 23. Con dicha rapidez podría triplicarse hacia el año 2.000. En esta eventualidad se habría multiplicado más de 12 veces en el lapso de un siglo. En tanto que las naciones avanzadas se abultaron, entre 1920 y 1960, en 40 por ciento y los menos avanzados en 70 por ciento, nuestro conglomerado lo hizo en 138 por ciento.

Por una parte varias naciones revelan tasas de mortalidad que sobrepasan de 10 por mil; fallecen, en el primer quinquenio, 42 de cada 100 nacidos vivos, en promedio y en una 58 por ciento (1) frente a 7 en Estados Unidos; en Colombia, Chile, Ecuador y Guatemala la mortalidad infantil oscila alrededor de 100 por mil y si no fuera por defectos de registro, se encontrarían guarismos semejantes en otras partes. Prevalecen enfermedades tanto infecciosas (tuberculosis, tifoidea y aún viruela, peste y rabia) como parasitarias (la anquilostomiasis y otras parasitosis constituyen problema sanitario de envergadura en diversos lugares) susceptibles de evitar y hasta de desarraigar. En Chile el alcoholismo y las cirrosis hepáticas en que interviene el tóxico y, en muchas estadísticas, las muertes violentas (accidentes, homicidios y suicidios) ocupan posiciones de relieve. De consiguiente se pueden esperar economías sustanciales de vidas. México ha batido probablemente un record mundial agregando un año a la expectativa de vida promedio de sus ciudadanos cada año calendario, durante el último cuarto de siglo.

Por otra parte G. W. Roberts ha advertido recientemente algún ascenso de la fertilidad en las comunidades isleñas que no hablan español.

---

<sup>1</sup> Gracias principalmente a los estudios que ha practicado FAO, se sabe que, en América latina, alrededor del 5 por ciento de los niños del grupo de 1 a 4 años de edad sufre, sobre todo en los distritos rurales, de distintas formas de desnutrición aguda y un 50 por ciento, de formas intermedias de deficiencias en calorías y proteínas. Por sus efectos directos o indirectos, la mitad de los pacientes que ingresa a los hospitales de muchos países de la región, son menores de 5 años que padecen enfermedades serias de la nutrición. La institución realizó recientemente una Tercera Encuesta de Alimentación Mundial con vistas a intentar la correlación de estos defectos, al menos en los grupos vulnerables, vale decir la niñez, la embarazada y la nodriza y subvenir a las necesidades más premiosas. Para lograr una vida sana y activa, pero sin abundancia, habría que aumentar, en el tiempo que resta de este siglo, en un 11 por ciento los suministros globales y en un 22 por ciento, los productos de origen animal. Estas cantidades se elevan a 230 y 260 por ciento, respectivamente, si se considera que, para entonces, la población se habrá duplicado. Esta estimación parece bastante conservadora si se atiende a las razones enunciadas en el texto.

Entre 1950 y 1960 lo hubo de 8 a 13 por ciento, en siete repúblicas, de 20 en Panamá y de 40 por ciento en Jamaica. Resultan sólo parcialmente explicables por el perfeccionamiento de los datos. En el aumento real deben influir las mejorías de nutrición y salud, la reducción consecutiva de la mortalidad materna y de los abortos involuntarios, el alargamiento del período reproductivo, el acortamiento de la anovulación post partum a consecuencia del abandono de la lactancia natural y por otros mecanismos, las pautas más estables y prolongadas del matrimonio y el descenso en la edad de contraerlo. Las diferencias de las tasas de natalidad entre Argentina y Costa Rica —agregan los autores— supera aparentemente al que existió entre la Inglaterra pre-industrial y contemporánea. Cabe aceptar, pues, que se apresura todavía más el crecimiento natural antes de que se establezcan firmemente los descensos. Algunos prevén que podría llegar a 3,5 por ciento, en cuyo caso la duplicación sobrevendría en 20 años.

En publicación anterior (El crecimiento de población de la América latina y las primeras etapas de las políticas de población: su influencia sobre los problemas de la juventud y del desarrollo, 1965), comenta latamente que el proceso de urbanización ofrece características peculiares en América latina: es reciente, muy vigoroso y se debe, en parte sustancial, a la migración desde el medio rural. A su vez ésta se singulariza por ser selectiva: comprende cantidad desproporcionada de mujeres y de individuos mejor educados y con más iniciativa. Mas importante aún, ejercen el tropismo pocas o una sola ciudad, generalmente la capital. Nuevas comprobaciones confirman el aserto. A juicio de H. L. Brown sólo tenían, a principios de siglo, Más del 10 por ciento de sus habitantes en conglomerados de 20.000 o más, Argentina, Cuba, Chile y Uruguay. En el primer cuarto, Venezuela avanzó tanto en urbanización como Estados Unidos en 90 años y Brasil que, en 1940, tenía 20 agrupaciones de más de 50.000 individuos, contó con 61, en 1960.

La situación anterior guardaba relación con el hecho de que la mayoría de nuestros países han tenido predominio agrícola al punto de que, aún en 1950, apenas 5 tenían menos del 50 por ciento de su fuerza de trabajo dedicada a la explotación de la tierra. Exceptuando Oceanía, la tasa de crecimiento de la población urbana de la región ha excedido a toda otra. Con arreglo al último censo, 16 de 22 naciones contenían el 50 por ciento o más de ella en una ciudad o área metropolitana (en Santiago estaba, además, el 47,5 por ciento) y 20 más del 60 por ciento en metrópolis de 100.000. Entre 1950 y 1960 participó en el éxodo el 43 por ciento del aumento neto y, según Durand y

Peláez, alrededor del 30 por ciento de los forasteros se desplazó menos de 5 años atrás, lo que revela el volumen creciente de los movimientos. Fuera de que éstos agigantan los defectos de distribución en el territorio, sobrepasan considerablemente de la capacidad de absorción de la industria y de las actividades ciudadanas, abultando el desempleo y el subempleo, las ocupaciones de servicio y construcción y los problemas de educación, habitación y de otro orden.

### *Necesidad de investigación*

Como escasean los conocimientos sobre fecundidad —anota certeramente Stycos— abundan las opiniones y es tiempo sobrado de que superemos la fase de encuestas de CAP (conocimientos, actitudes y práctica). En verdad la necesidad de investigaciones es urgente y perentoria. ¿De qué sirve verificar que, en Perú, la nupcialidad ha subido, a partir de 1957, desde 38.000 a más de 60.000, en un decenio, si no se determina en qué grado el aumento proviene de la simple legalización de uniones consensuales y en cuál, a los cambios en la actitud frente al matrimonio y a otros mecanismos? En Chile figuró como sin hijos, en el censo de 1960, el 22 por ciento de las casadas mayores de 40 años. Si se distribuye esta esterilidad falaz según los grupos sucesivos de edad, se advierten tantos contrasentidos como para que no se justifique conceder al ítem ninguna validez. Sucedió que en los formularios se cometió el desacierto de colocar antes el estado civil en la forma que cuando las mujeres declararon no ser casadas —verídicamente o no— el empadronador no se atrevió a menudo a interrogar sobre descendencia. Todos los casos en que no figuró el dato, por este motivo y por varios otros, se clasificaron en esa categoría, con manifiesto abultamiento. También con frecuencia no se preguntó cuántos hijos ha tenido, sino cuántos tiene y, naturalmente, se prescindió de los que fallecieron. Aunque parezca inverosímil, no es excepcional que haya personas inculatas y mayores que olvidan el número de criaturas que echaron al mundo.

Se dice que los esfuerzos de regulación de natalidad no rinden hasta que no se alcanzan determinados niveles de educación, de fuerza de trabajo ocupada en labores no extractivas y de urbanización. ¿Estaremos arando en la arena? Creo firmemente que no, pero faltan los argumentos para demostrarlo. Se dice asimismo que los éxitos iniciales del programa se deberían, en buena parte, a que acuden muchas múltiparas —hacia el fin de su fase reproductiva— en cuyo caso se protegería cantidad apreciable de personas; pero el rendimiento real sería pobre. Se asevera que los logros son pre-

carios hasta que ha bajado suficientemente la mortalidad infantil y en el primer quinquenio: representa seguridad razonable de que los nacidos llegarán a la edad adulta. Sin embargo, Argentina redujo su natalidad a 22 por mil y todavía su mortalidad infantil es del orden de 66 por mil: se halla entonces en momento que Estados Unidos trascendió hace unos 30 años. ¿Qué irá a ocurrir en los países nuestros en que la mortalidad del primer quinquenio exceda aún del 50 por ciento de la general?

Demos por probado que la vida urbana deprime la fecundidad. Por cuanto entre nosotros la emigración desde el campo empezó ayer, avanza a borbotones y parecen conformarse conglomerados o enclaves de ruralidad en las ciudades, ¿cuánto tiempo demorará en desencadenarse la transición? Se han encontrado indicios claros de una relación inversa entre esa fecundidad y la situación económica, al punto de que hubo, entre el barrio alto y bajo de Santiago, diferencias de 22 a 42 y más por mil; pero hay también sectores obreros con 28 y, entre ellos, algunos en que no se han establecido aún consultorios importantes de control de natalidad. ¿Qué significan estas cosas? Diversos estudios han probado que, en Chile, no hay relación apreciable entre la regulación de natalidad y la religiosidad. Las actitudes parecen ser distintas en Puerto Rico. Si fuera así ¿cómo explicar la diferencia y qué sucede en otras partes? ¿Juega algún papel el machismo? ¿A qué se debe el contraste violento entre el interés vehemente de la mujer y la indiferencia, la exclusión y aún la oposición del varón? ¿Será consecuencia de la forma en que nos conducimos, conservando el acento de un movimiento que comenzó feminista? Podría alargarse enormemente la serie de interrogantes.

Con arreglo a diversos estudios, las medidas de urbanización guardan sistemáticamente relación negativa con los índices de fecundidad. Ahora bien la vida en la ciudad implica mejores niveles de educación y así la madre alfabeta del campo —2 a 6 veces más frecuente— tiene casi cinco veces más hijos que la urbana que ha concurrido a la universidad. A su vez ésta tiene el 60 por ciento menos de criaturas vivas y la que ha recibido 4 años de educación secundaria, 46 por ciento menos de las que cursaron un año de primaria, entre las casadas de 35 a 50 años. En las encuestas de Tabah y Samuel se verificó que la fecundidad cae casi en un 50 por ciento entre los niveles extremos de instrucción; pero en ellas “el ingreso aquí también parece discriminar mas fuertemente la reproducción”. No se ha advertido suficientemente que el crecimiento rápido es reciente y que, en algunos países, sólo ahora ha de estarse percibiendo la presión de la familia numerosa. Como anota el mismo Stycos, hay contraste

flagrante entre la indiferencia de los intelectuales y el interés vivo de las mujeres mismas. Investigaciones recientes revelan que, en Chile, el 90 por ciento de aquéllas sabía de la existencia de anticonceptivos y aún de DIU cuando todavía no estaban en práctica en el área y el 82 por ciento quiere servicios oficiales. De modo similar la encuesta de M.F. Hall reveló dicho interés —aunque en escala ligeramente inferior— y que alrededor del 18 por ciento de los embarazos termina en aborto. La proporción mayor se da en la clase media. Se practican métodos anticonceptivos ampliamente y, de preferencia, en los estratos superiores.

### *Alimentación y vivienda*

De los cientos de miles de criaturas que nacen cada día, los dos tercios se incorporan a hogares en que hay miseria, ignorancia y enfermedad y millones llegan condenadas a no recibir nunca una comida satisfactoria. Según la encuesta de FAO de 1963, el 60 por ciento de los individuos, al menos, en los países subdesarrollados adolece de subnutrición y la mitad del mundo, de hambre, desnutrición o de ambas. En el último quinquenio, la población de América latina aumentó en 11,5 por ciento y la producción de alimentos en 6,5. No sorprende entonces que el consumo per cápita haya sido menor en 1963 que en 1953. (2) Como señala Horwitz, el obrero de Estados Unidos gana, en 20 minutos, dinero suficiente para comprar un kilogramo de carne frente a una hora y media, en 5 de nuestros países.

Varios de ellos importan este alimento y otros de modo que el rubro respectivo se acerca ya a los 1.000 millones —con gran menoscabo para nuestras economías— en circunstancias que, hacia 1950, ocupábamos lugar exaltado en los

<sup>2</sup> En el discurso que pronunció ante la Conferencia Mundial de Población de Belgrado, el Dr. Sen, Director General de FAO, nos dijo, en Septiembre de 1965, que el suministro de comestibles por habitante no ha mejorado en los últimos 6 o 7 años y que, en América latina y, de modo parecido, en el Extremo Oriente, ha sido últimamente un 7 por ciento inferior a la preguerra, esto es, que un cuarto de siglo atrás. Varias de nuestras naciones han logrado mantener dietas de por sí inadecuadas, reduciendo las ventas al exterior o acrecentando las importaciones —algunas de favor— con serio gravamen par sus economías. Este estado de cosas es tanto más lamentable cuanto que la tierra disponible para el cultivo alcanza, en el continente americano, a 2 hectáreas por personas frente a 0,4, en Asia y que es rica en ganado. Por individuo posee 1,05 cabezas (excluyendo las aves) frente a 0,33 para Europa. La excede únicamente Oceanía (2,53) y si bien la producción de carne por cabeza es apenas de 28 kilogramos —frente a 72, para Norteamérica— la zona del Río de la Plata continúa siendo gran proveedor internacional. Se explican estos contrastes, por cuanto la producción por hectárea y por hombre es, en función del equivalente económico en trigo, apenas de 350 y 830 kilogramos, frente a 880 y 2.200, para Norteamérica.

mercados internacionales como exportadores de granos. En Chile los habitantes habrían aumentado en 85 por ciento durante los 30 años recientes —según declaración del Colegio Médico Veterinario— y los ganados bovino y ovino, apenas en 11,6 y 16 por ciento. Correlativamente disminuyó el consumo de proteínas animales, en el mismo período, desde 27,9 a 21,4 kilos por individuo al año, a pesar de que se trae de fuera el 20 por ciento de la carne de vacuno. Proviene también del exterior el 30 por ciento de la leche, no obstante la ingestión insuficiente y jugaría papel en estas mermas el estado precario de salud de los animales y, en especial, la fiebre aftosa.

La mecanización de las labores que permite aprovechar plenamente el buen tiempo y contraer al mínimo los perjuicios del adverso tiene extensión sobradamente precaria. Los datos publicados revelan que el consumo de abonos químicos que alcanzaba, en millones de toneladas, a 10, en 1938, subió a 29, en 1960; pero, de ellos, 24 millones se emplean en el mundo desarrollados. Varios de nuestros países los producen en cantidad insuficiente o nula, encuentran escollos para importarlos y les resultan mas costosos en relación con el precio de los productos. No obstante escasear los estudios de suelos, parece improbable que se logre extender la superficie cultivada mucho más de un 10 por ciento. Colocado frente a la disyuntiva de desmejorar las condiciones defectuosas de nuestra nutrición, depender del suministro exterior o aumentar los rendimientos, la valla no es la falta de conocimientos técnicos sino la incapacidad para aplicarlos por motivos sociales, económicos y de otro orden. Según los expertos es problemático que América latina consiga incrementar, por período sostenido, dichos rendimientos en más de 1 por ciento al año y la brecha que nos separa de las naciones desarrollada seguirá ampliándose. (3)

<sup>3</sup> En informe reciente de FAO, El estado de la alimentación y la agricultura de 1968, se deja constancia de los mejoramientos que ha habido en la provisión de alimentos gracias a los cuales se ha recuperado buena parte del terreno perdido en 1965 y 1966. Sin embargo el doctor A. H. Boerma, el nuevo Director, advierte que la expansión demográfica continúa y sin control podría frustrar esperanzas bien fundadas y que es necesario redoblar los esfuerzos para reducir dicho crecimiento. Si se deja pasar la oportunidad, es muy probable que la demanda comience pronto a exceder de los suministros. Mientras Argentina y Uruguay forman parte del 9 por ciento que está realmente bien nutrido (junto con América del Norte y Oceanía propiamente), 14 de nuestras repúblicas se hallaban, en 1964, según BID (Banco Interamericano de Desarrollo), por debajo del mínimo de 2.500 calorías y 3, bajo 2.000. Mientras tanto disminuye el valor de nuestras materias primas y aumenta o se estaciona el correspondiente a las importaciones. La balanza de pagos se desequilibra desfavorablemente en la mayoría de nuestros países y la situación económica general impide destinar mas dinero a salud y educación.

Como la vida misma, la civilización está basada en materia y energía, que, según sabemos hoy, no son sino las dos caras de una misma moneda. A lo largo de la prehistoria y de la mayor parte de su historia, el hombre gastó de ambas cantidades muy discretas. Se estima que uno de nuestros ancestros consumió, al año, una tonelada de alimentos y media de agua mas número despreciable de cueros, paños, piedras y arcilla. Casi toda la energía provenía de sus propios músculos con contribuciones bastante insignificantes de las fogatas que aprendió a encender. Muchos pensamos hoy que también ambas son virtual o realmente inagotables. Para aceptar que sea así, no precisa contar con lo que se traiga de otros planetas, sino en que la explotación de los océanos se halla en la etapa en que se encontraba la agrícola cuando el hombre se limitaba a recoger los alimentos; que, probablemente, no hay ninguna mina que penetra a más de unos 200 o 250 metros (salvo las perforaciones para alcanzar el gas natural) y está, por tanto, casi intacta la corteza terrestre y que, teóricamente, el hombre podría proveer a sus necesidades con las rocas de esa corteza, el agua y los productos del mar y los gases del aire.

Harrison Brown, el científico que ha indagado estos hechos con mas seriedad, supone que ocurrirá así cuando la humanidad alcance a los 50.000 millones. Sería el límite máximo de sustentación de la tierra y entonces habrían de existir fábricas colosales y de propósitos múltiples que funcionen a base de química. En nuestros propios tiempos, nos preocupó el agotamiento previsible de las reservas naturales de nitratos que eran, en buena parte, chilenas. Sin embargo, nos hemos quedado con ellas, porque se logró fabricar sintéticamente los abonos (y la pólvora) y ahora su producción es un problema meramente industrial. Temor parecidamente injustificado se ha alentado por el petróleo, a medida que se han ido encontrando reservas cada vez mas abundantes. Por muchas y muy grandes que sean las existentes, no hay duda, eso sí, que los combustibles fósiles como ese petróleo, el carbón y la turba pueden durar algunos siglos; pero están probablemente condenados a desaparecer. Necesitamos fuentes mas permanentes.

Cuando se extingan y antes de este momento, cabe utilizar el calor de la tierra, los vientos, las mareas y la energía solar (4) y la nuclear, que comienza a competir con aquélla en algunos sectores. Según Clarke, las armas que tienen ya almacenadas las grandes potencias

permitirían hacer funcionar todas las máquinas durante varios años. Es de esperar que sean supeditadas pronto, puesto que es la forma mas ingrata y dañina de generar poder que se haya concebido nunca. Se puede suponer así que los radioisótopos que provienen de los reactores actuales dañe a un arqueólogo desprevenido siglos mas tarde. Los técnicos piensan que será reemplazada por la fusión, vale decir la unión de átomos ligeros como el hidrógeno o el litio. Una vez logrado y cuando se sepa manejar esta energía, se acabarán todos los los problemas de esta naturaleza.

En otras épocas el viento empujó las embarcaciones, hizo girar las aspas de los molinos y se utilizó para otros propósitos; hoy resulta enteramente inadecuado en un mundo tan poblado. Por el momento el sol no representa solución económica por los costos de instalación. Genera alrededor de un kilowatt por metro cuadrado en los países tropicales y si se le pudiera convertir apenas con un 5 por ciento de eficiencia, el Sahara sería capaz, por si solo, de suministrar unas 40 veces la fuerza eléctrica que se consume en el planeta. Probablemente la manera mas comercial de explotarla sería cultivar arbustos que proliferan muy rápidamente, secarlos al sol y quemarlos en calderas adaptadas a combustión de temperaturas bajas. Requiere regadío y dondequiera lo haya —natural o de los ríos— resulta mas ventajoso producir comestibles.

Ubbelohte reconoce los esclavos productores de energía (*energy slaves*) y distingue los animados de los inanimados. Estas expresiones resultan mas correctas en inglés, en cuanto la primera significa vivo de verdad o en apariencia. En la primera categoría se sitúan el hombre y los animales domésticos y en la segunda, las demás formas: desde el fuego que libera la energía aprisionada en la madera o en el carbón hasta la fusión de átomos. A modo de curiosidad el autor cita a Chipre, una isla de campesinos donde existen 53.000 asnos o sea 1 por cada 6 kilómetros cuadrados y por cada 7 habitantes rurales. Como en casi todo el Medio Oriente, desempeñan las funciones de transporte, de tractores y bombas. Con la ayuda del Gobierno, se ha desarrollado una línea genealógica famosa por su resistencia al esfuerzo y a la enfermedad y capaz de transportar 100 kilos y más.

No equivale a negar que para subvenir a las necesidades actuales y futuras se escolla con obstáculos colosales, de tantos órdenes y tan complejos como para que el asunto resulte punto menos que imposible de entender. Proviienen de la dificultad, los riesgos y el coste de la explotación, de la contaminación progresiva y acaso irrevocable del ambiente y de la insuficiencia marcada de conocimientos. Seguramen-

<sup>4</sup> Se piensa que con esta energía se calentarán, hacia 1975, unos 13 millones de casas en Estados Unidos, aún en regiones tan nórdicas como Boston.



te la valla mas infranqueable reside en disponer de número suficiente de hombres de ciencia e ingenieros con talento, imaginación y habilidad para resolver un número descomunal de problemas.

En Estados Unidos se requieren anualmente por habitante (5) unos 600 kilos de acero, 12 de cobre, 8 de plomo y 2 de hierro; sobre 3,5 toneladas de piedra y arena y de 250 kilos de cemento, de 200 de greda, de 100 de sal común y de 50 de fosfatos. A ojo de buen cubero se necesita una tonelada de carbón para mantener en operación otra de acero. En conjunto se extraen de la costra terrestre mas de 20 toneladas de materia bruta y se la procesa para sostener un solo individuo y estas cantidades como los requerimientos de energía continúan remontándose en una espiral fantástica. En buena proporción sintéticas, se emplean muchas substancias químicas que no se conocían siquiera en el siglo pasado.

Si se pretendiera levantar los niveles de bienestar y de actividad industrial (6) de los 2.400 o 2.500 millones de individuos que constituyen la humanidad sumergida a la altura en que se hallan en Estados Unidos, precisaría extraer anualmente 22.000 millones de toneladas de hierro, 360 millones de cobre y otras tantas de plomo: en total 100 veces la tasa de producción actual. El consumo de energía se sextuplicarla y se haría equivalente al contenido de 2.000 millones de carbón. (7) Se prevé que con la intensificación de esa actividad este consumo puede encumbrarse a 100 mil millones en circunstancias que se estima la reserva en 6 billones.

En las magnitudes de consumo actual se calcula que el carbón durará unos 700 años; pero si la América media y sur elevara sus requerimientos al nivel de Estados Unidos, las reservas se agotarían en poco más de un año. También a título de curiosidad, añadido que el

<sup>5</sup> El hombre industrial es un consumidor voraz. Puede que nuestros descendientes tengan que desplazarse en automóviles plásticos, livianos y de poca potencia. Parecerá extravagancia increíble que nosotros hayamos empleado unas dos toneladas de acero y unos 200 caballos de fuerza que sólo se utilizan cuando cambia la luz del semáforo y en las raras ocasiones en que hay una extensión suficiente de camino libre delante de nosotros.

<sup>6</sup> En buena parte del mundo el desamparo es tal que se estima que 2 de cada 3 habitantes no beneficia de la electricidad. Al otro extremo la esposa del operario promedio de Canadá dispone de unos 20 aparatos de este orden: teléfono, cocina, nevera, etc.

<sup>7</sup> Con sobrada razón se dice que donde hay brumo hay derroche. En Gran Bretaña se dilapidaría anualmente por este mecanismo —vale decir por el combustible sin quemar que sale por la chimenea en forma de partículas y desciende después como brumo— el rendimiento total de 10.000 mineros. Sugiere la cantidad de energía que se podría economizar si se la utilizara eficientemente.

mismo Ubbelohte ha introducido el concepto de *tektopia* para designar estados ideales que se basan en la existencia de una proporción grande de esclavos inanimados. Lo deriva de la obra de Thomas More, *Utopia* (del griego *ou* o no y *topos*, o un lugar). Con buena dosis de rionía, More pinta un estado ideal en que el trabajo lo desempeña la clase de los criminales. Ubbelohte agrega que, a medida que los pueblos subdesarrollados se esfuerzan por llegar a la *tektopia*, el peligro de hambruna de energía se hace tan real como la alimenticia. La principal diferencia entre ambas es que los efectos de la primera son insidiosos y demoran más en dañar el bienestar del individuo. Por tanto, resulta mas difícil tomar medidas oportunas. Puede que el taparrabos y la reuca de Ghandi tengan importancia permanente en un esquma integral y junto a las estaciones atómicas y a lyos superdinamos.

Como expresan en su libro *Los cien años próximos (The Next Hundred Years)* Harrison Brown et al. no se puede profetizar sobre el futuro de algo tan complicado como la sociedad humana sino trazar proyecciones. Importan aquilatar las probabilidades relativas de que las cosas sigan un curso u otro y a qué velocidad. Además debe aceptarse que es posible todo progreso tecnológico que no viole las leyes fundamentales de la física y de la biología. Precisa prescindir, por tanto, del movimiento perpetuo y de velocidades que exceden a la que alcanza la luz. Piensan que limita las posibilidades la distancia entre las generaciones, porque se necesita una nueva y mas flexible para que adopte realmente las innovaciones y las incorpore en su cultura.

En 1900 hubo, en Estados Unidos, 11 millones de agricultores y trabajadores que formaban el 38% de la fueraz de trabajo. Ahora han bajado a 7,5 millones y a 9 por ciento, respectivamente, en tanto que dicha fuerza alcanza a 60 millones y la producción excede considerablemente de las necesidades. Se han quintuplicado hasta constituir 5 millones los profesionales y técnicos y disminuído sensiblemente los trabajadores no calificados. Con el cultivo mas intenso Japón produce mas de 13.000 calorías de alimentos potenciales por acre y en Gran Bretaña el 3,7 por ciento de los trabajadores produce la mitad de los alimentos a valor de venta. En general basta hoy medio acre para sustentar una persona. Mientras el hombre fue cazador y recogía los productos de la tierra, se requería un kilómetro cuadrado o más. De regla el conocimiento agrícola es más lento que el industrial que, según la experiencia del siglo pasado, se eleva en progrsión geométrica.

Si se conservaran y distribuyeran adecuadamente las aguas de todos los ríos del mundo permitirían regar el 14 por ciento de las tierras



cultivadas a los precios actuales. No hay esperanzas, pues, para las etapas y los desiertos y todavía el tratamiento de las aguas de mar es demasiado costoso. Se calcula que se necesitan alrededor de 100.000 kilos de algas para producir uno de bacalao y su cultivo en tierra requiere una inversión 10 a 100 veces mayor que para la agricultura convencional. Apenas el 7 por ciento de los alimentos ingresa al mercado internacional. Previo tratamiento, el efluente del alcantarillado de Baltimore sirve una gran planta de acero y en Milwaukee constituye fuente excelente de abono orgánico.

En los últimos cinco años se ha cuadruplicado y más el número de bachilleres y se calcula que, en 1980, habrá 1 millón 700 mil hombres de ciencia e ingenieros y, sin embargo, la escasez es notoria y progresiva. En la carencia influye decisivamente la complejidad creciente de la tecnología. En esa fecha se necesitará uno por cada 90 personas. Debieron haber graduado 75.000 al año y sólo lograron 45.000. Cuando Europa Occidental tenía 154 millones y Estados Unidos 168 millones, había, respectivamente, 425.000 y 760.000. Aún la Unión Soviética está graduando el doble y porque su sistema es esencialmente compulsivo, la pérdida es considerablemente menor. Además, un tercio de los tecnólogos son mujeres.

#### *Otras devastaciones*

En artículo reciente Kingsley Davis expresa tremendo escepticismo respecto a la eficacia demográfica de la planificación de familia que se intenta actualmente y afirma que las naciones avanzadas sufren arduamente las consecuencias del aumento combinado y rápido de sus habitantes y de la producción per cápita. En verdad el hacinamiento y la intensificación de esas actividades productoras ocasionan desastres de tanta envergadura como para inducir a la sospecha de que decline la etapa de fe ciega en la ciencia y en la tecnología. En noviembre de 1965 falló totalmente el sistema de fuerza eléctrica, que se suponía invulnerable, en un área de más de 200.000 kilómetros cuadrados en el noreste de Estados Unidos y Canadá. Los ingenieros trabajaron febrilmente durante unas 12 horas para reponerlo, invirtiendo días en explicarse el fenómeno acaecido, ahora no abrigan certeza de que no se repetirá y el suscrito podría llenar un libro con relatos recogidos en ambas naciones de lo que aconteció a sus amigos y conocidos esa noche sobrecogedora. Incidentalmente cabe comentar que les grabó impresión vívida el grado que puede alcanzar la solidaridad entre prójimos que no se conocen.

En condiciones naturales el lago Eire conformó un sistema equilibrado en que incontables seres vegetales y animales coexistían en una ar-

monía intrincada. El exceso de fosfatos y nitratos que aportan los desechos industriales y de alcantarillados y los drenajes de terrenos intensamente abonados han descalabrado a permanencia la biología, los peces han desaparecido virtualmente y la muerte se cierne sobre la masa entera. Según informe último de la Academia Nacional de Ciencias, las sobras similares que provienen de unas veinte ciudades abrumarán la biología en casi todas las corrientes de agua de Estados Unidos.

Se calcula que, entre 1860 y 1960, el consumo de combustible —carbón, leña, petróleo y gas natural— acrecentó en cerca de 14 por ciento el contenido de anhídrido carbónico de la atmósfera que se había mantenido fijo desde tiempos inmemoriales. Este gas desempeña papel decisivo en la regulación de la temperatura del planeta por el efecto de invernadero, en la expresión de los especialistas. Tanto él como el vidrio dejan pasar los rayos de luz, pero absorben los infrarrojos y así se explica por qué el sol calienta tan fácilmente esos invernaderos en un día frío: la energía calórica queda atrapada. De modo parecido la que se haya acumulado, hacia el año 2000, porque el anhídrido carbónico no le permite escapar, sería suficiente como para que comiencen a derretirse los casquetes polares de nieve. Se elevaría así el nivel de los océanos que terminarían desbordándose sobre las tierras habitadas y arrasando las construcciones. Felizmente las estimaciones sobre la duración del proceso oscilan entre 400 y 4000 años; pero si demorara 1000, el ascenso anual excedería bastante de un metro.

En algo más de medio siglo, la gasolina de los automóviles ha contribuido ingentemente a estropear el aire y a formar el brumo de muchas metrópolis; desde que se le adicionó plomo, en 1923, este metal se ha hallado en cantidades progresivas en la superficie de los mares, las cosechas y la sangre de nuestros congéneres. Puede estar llegando a concentraciones tóxicas en algunas partes. Cuando se convino solemnemente proscribir los ensayos respectivos, en 1963, uno de los componentes de la disociación nuclear, el estroncio 90, había entregado por sí solo al medio radioactividad equivalente a unos 1000 millones de gramos de radium, en circunstancias que la disponibilidad mundial de este elemento no sobrepasaba de los 10 gramos un par de decenios antes.

Se calcula que, en Gran Bretaña, las chimeneas domésticas arrojan en la atmósfera 1,25 millones de toneladas de ácidos, hollín, alquitrán y otros contaminantes. Los detergentes que, en Estados Unidos, conformaban ya, en 1960, una industria de más de mil millones de dólares y que han reemplazado, en gran medida, al jabón en el hogar y en la industria crean engorrosos serios en los sistemas de alcan-

tarillado y en las corrientes de agua. Sintetizados de materias primas que se extraen del petróleo, algunos no son destruidos por las bacterias y resultan más dañinos. Cuando se les reemplazó por otros que son desmembrados, recargan esas corrientes de fosfatos.

Los insecticidas de tipo residual suelen matar cantidades considerables de peces, cuyos cadáveres suscitan las moscas que estaban destinados a destruir. Se dice que en una aldea boliviana el DDT que se empleó para combatir el mosquito de la malaria acabó con los gatos. Vino entonces una invasión de roedores que transportaron tifus exantemático y costaron varios cientos de vidas humanas. Los insectos ofrecen resistencia a ellos 10 o más veces mayor que los pájaros y como éstos los consumen en cantidades prodigiosas, suelen matarlos en grandes números. Hay cantidad sustancial de información sobre insecticidas y otras materias a que se impone carácter confidencial y no llegan a conocimiento de las autoridades ni menos de los hombres de ciencia. Se comenta festivamente que, un tiempo, se empotraron en la pared cajitas con una ranura para echar las hojas de afeitar usadas y ahora no alcanzaría para el propósito el Cañón del Colorado.

Muchas de las dificultades provienen de la disparidad entre el estado actual de las ciencias físicas y biológicas. En cierto modo la naturaleza es una unidad integrada y todo cuanto reduce la complejidad de un sistema biológico natural lo hace menos estable y más sujeto a fluctuaciones y dislocaciones fatales. Las radiaciones ionizantes de cualquier origen y agentes químicos, físicos o de otro orden que aniquilen algunos seres modifican o desquician la red de relaciones de un sistema. Esos agentes elevan la incidencia del cáncer que, en ciertas localizaciones, es considerablemente más frecuente en la ciudad que en el campo. Incrementan también las mutaciones que, de ordinario, son desfavorables y, naturalmente, se transmiten de generación en generación. Si se abaten los pinos de las laderas de las montañas, ocasionan pérdidas de la tierra cultivable, no se retiene el agua y no se pueden renovar los bosques.

No obstante ser la investigación científica el segmento de crecimiento más veloz en la estructura social de algunas comunidades, la ignorancia más o menos profunda nos hace proceder como el aprendiz de mago. Como afirma Barry Commoner en su *Ciencia y supervivencia* (*Science and Survival*), el científico es quien resguarda la integridad de la ciencia. Debe afrontar su responsabilidad como dirigente y como agente de cambio y necesita influir sobre la opinión pública porque se trata de procesos sociales. Es cuestión de contrastar los beneficios con los riesgos y los costos y tener presente que la contaminación del medio constituye for-

ma de explotación secreta. A menudo no se debe a ignorancia sino a codicia empecinada y la comunidad debe resolver qué precio está dispuesta a pagar para librarnos de los insectos, gozar de la comodidad de los automóviles y de la alta productividad de la agricultura. Precisa determinar, además, como puede sobrevivir la humanidad con los nuevos poderes que le ha conferido la ciencia y explorar la profundidad de esta crisis que sólo se puede resolver por acción colectiva. Precisa dilucidar si conducirá a la destrucción de la especie o impulsará su bienestar.

### *Comentario final*

Seguramente este comentario contiene dosis apreciable de subjetivismo. A mi juicio, la mayoría de la gente recibió la encíclica papal con indiferencia o con cierta sensación de derrotismo. Personalmente me ocasionó desagrado, pero no me sorprendió. Juzgo con gran escepticismo las posibilidades de progreso de las instituciones que dirigen hombres maduros y ancianos. Si la Iglesia Católica eligiera mañana un pontífice de 30 años y, de preferencia, mujer, cabría esperar los cambios radicales y la modernización que exigen los avances de la ciencia y del pensamiento. Por lo demás, conocía las ideas expresadas por Pablo VI en su Credo y el incidente que se desencadenó con el *motu proprio* a que inspiraron los mismos conceptos de la Vida Humana. Sobre todo ese primer documento significaba retrotraer las cosas a un período casi medieval, como también dar un mentís y refutar casi todo lo que han sustentado los teólogos contemporáneos. Sospecho que en una entidad secular, si un Juan XXIII desvía la corriente hacia la izquierda, su sucesor tiene que hacer la maniobra que los ortopedistas llaman sobrecorrección. El daño principal lo sufrió la Iglesia misma dentro de la cual ha habido controversias, disensiones y rebeldías.

Precisamente porque produjo tan poco impacto, se enojó un grupo de eclesiásticos y de laicos que han estado ejerciendo presión con energía y tenacidad. En Chile se dieron maña para acallar la prensa, la radio y la televisión y las discusiones públicas cesaron bruscamente. Han seguido maniobrando artivamente los médicos que llamo ultramontanos. Recuerdo que se conocieron con este nombre a los sujetos que, en la historia de España, quisieron quitar las regalías al rey para entregárselas al papa y ahora a los que proclaman la supremacía de éste. Se sabe de varios de ellos que, en sus consultorios y a su clientela, están proveyendo información y consejos torcidos para disuadirlos de emplear cualquier método anticonceptivo que no sea el ritmo. Constituyen el peligro

principal, sobre todo porque hay, entre ellos, una mayoría de obstetras. A diferencia de otros especialistas suelen mantener relaciones profesionales con una mujer esencialmente sana y con una familia durante lapsos muy prolongados y ejercer bastante ascendiente. Otro riesgo reside en los sacerdotes menos cultivados de los barrios y de las pequeñas poblaciones.

En cambio ha tenido el mérito sobresaliente de contribuir a que la gente se preocupe del tema y que la minoría muy pequeña de ignorantes en cuanto a la existencia de anticonceptivos reciba alguna luz. Es manifiestamente de lamentar que no haya seguido la controversia. Como la institución es muy sabia, hay que presumir que no mantendrá prolongadamente actitud obstinada; pero no se advierte la fórmula para que la abandone sin desdoro. Únicamente el futuro despejará estas incógnitas y permitirá aquilatar el retroceso y la perturbación que ocasionó el documento en referencia.

Hace 10 años ningún gobierno del oeste del Atlántico había tomado posición explícita respecto a la acción recíproca de los factores demográficos y socio-económicos en el bienestar de las naciones y Eisenhower cerró dramáticamente la puerta en las narices en Noviembre de 1959 a cualquiera intervención del Gobierno en control de población que "no es asunto nuestro". No figura en los 12 puntos de la Carta de Punta del Este de Agosto de 1961. Todavía brillaba por su ausencia en la reunión de la Alianza para el Progreso de 1967.

Jefe de un gobierno de fuerza, el General Onganía ha prohibido la planificación de familia en Argentina. Lo emplazaría a que no va a subir en un punto la natalidad y que con la medida favorecerá, en el mejor de los casos, a los aborteros. En realidad la tasa respectiva, que es una de las dos más bajas de América (junto con Uruguay) descendió, a lo largo de 50 años y a partir de 1880. La disminución fue más rápida y marcada en las provincias urbanizadas y, en ese momento, ellas se desprendieron de las rurales para volver a juntarse más adelante. Evidentemente esta conducta conduce a la instalación del control, que es hoy muy

difundido y en el que predomina, por desgracia, la interrupción de los embarazos.

Anunció dicha medida a raíz de las declaraciones de MacNamara, el Presidente del Banco Internacional, a quien se aplicaron en la vecina república apelativos muy pocos cariñosos. Inmediatamente después habló nuestro Ministro de Salud en términos que hicieron de los dos discursos una suerte de confrontación. Con oportunidad del vigésimo aniversario de la Organización Mundial de la Salud, el mismo doctor Ramón Valdivieso había exhibido, en Abril de 1968, las retracciones que han sufrido en Chile la mortalidad general e infantil, como también la natalidad y el crecimiento vegetativo. Estos dos últimos guarismos habían sido, en 1962 y 1967, respectivamente, de 36,1 y 29,2 y de 2,43 y 1,96. En ese primer año los nacimientos totales fueron de 200.000 y en el segundo, de 225.000, en circunstancias que la población, en miles, alcanzaba a 8.029 y 9.100.

Al comentar estos hechos, el ilustre colega los atribuyó al programa de regulación que ejecuta el Servicio Nacional de Salud y los calificó como la mejor contribución del sector salud al desarrollo económico y social. Eminentemente respetable, el Profesor Valdivieso había expresado, exactamente un año antes, en el discurso oficial con que se inauguró la VIII Conferencia Mundial de la Federación Internacional de Planificación de la Familia, en Abril de 1967, serias reservas sobre la conveniencia de intentar la frenación artificial del crecimiento vegetativo, porque apenas aceleraría el proceso natural y porque se corría el riesgo de sufrir, en el futuro, de escasez de mano de obra. El cambio de actitud revela inteligencia y singular honestidad. No huelga agregar que, a raíz de la Encíclica, un portavoz del Ministerio declaró que ella no afectaba sino a la conciencia de los católicos y que, por cuanto nuestra sociedad encierra pluralidad de culturas, el Gobierno no alteraría su política. Cumplió su palabra y el autor no puede disimular el orgullo que proviene de que estos acontecimientos hayan ocurrido en Chile.